

NARDO ZALKO

PARÍS - BUENOS AIRES:
UN SIGLO DE TANGO

 CORREGIDOR

ÍNDICE

Prólogo	7
I Del barro y de los burdeles de Buenos Aires a París, vía Marsella	13
II La ofrenda de una ciudad trastornada	23
III Una ciudad madura para recibir al tango	43
IV Los años de la alianza	59
V Consagración de la primavera	87
VI El primer tango que cantó a París	113
VII La reconquista	135
VIII “El francesito”	159
IX El camino de Buenos Aires	187
X De Montmartre a Montparnasse	213
XI Oro entre las ruinas	239
XII Agonía y resurrección	269
XIII El tiempo de la confusión	299
XIV El siglo del tango	315
Tangos que evocan a París	345
Fuentes bibliográficas	357
El autor	363

PRÓLOGO

EL TANGO TRANSFORMA EL TIEMPO PERDIDO DE PROUST EN TIEMPO PRESENTE

“Buenos Aires es la esposa, París es la querida”, dijeron los porteños durante generaciones. La historia de amor entre las dos ciudades se concretó un día de 1906 gracias al tango. Éste, que había nacido en los arrabales de Buenos Aires a finales del siglo XIX y que en ese momento estaba creciendo triunfalmente en sus burdeles, aterrizó en París como un meteorito. Su llegada provocó una explosión y engendró una misteriosa complicidad entre las dos ciudades en la que los poetas populares argentinos ya nunca dejaron de inspirarse.

La conmoción desatada en Francia por la aparición de esa música desconocida, de ese baile exótico que acercaba en un abrazo a los elementos femenino y masculino de la pareja en vez de separarlos fue tal, que hasta confundió unos años más tarde a un escritor como Marcel Proust, quien también quedó atrapado en los acordes sensuales de los tangos que agitaban las noches de París. La música de Buenos Aires le hizo cometer un curioso error de cronología.

En *A la sombra de las muchachas en flor* un reflejo secreto lo llevó a introducir en el tiempo perdido elementos que se agitaban en su tiempo presente y escribió: “...cuyas muchachas, bellas, orgullosas, burlonas y francesas como las estatuas de Reims, no hubiesen querido mezclarse con esa horda de chicas mal educadas, que llevaban su preocupación por las modas de los ‘baños de mar’ hasta dar siempre la impresión de regresar de la pesca del camarón o de estar bailando el tango”.

Y cien páginas más adelante Proust reincidía: “Octavio obtenía premios, en el Casino, en todos los concursos de boston, de tango, etc., lo que le hubiese permitido contraer, de quererlo, un buen matrimonio en ese ambiente de los ‘baños de mar’, donde no es en sentido figurado, sino literal, que las jóvenes muchachas se casan con su ‘bailarín’”.

Diez años después del desembarco en las costas francesas de las primeras partituras de tango provenientes del Río de la Plata, y mientras la mayor carnicería que había conocido hasta ese entonces el Viejo Continente estaba a punto de finalizar, el autor de *En busca del tiempo perdido* terminaba de corregir las pruebas de su quinto volumen, y finalmente La Semeuse lo acababa de imprimir el 30 de noviembre de 1918.

Pero Proust había situado la trama de su relato alrededor de 1884-1895, en momentos en que el tango de Buenos Aires recién emergía del barro de los arrabales que lo vieron nacer. Ninguna de sus notas había aún atravesado sus fronteras y por lo tanto, los personajes que se amontonaban en una estación balnearia francesa de la costa de La Mancha a finales de ese siglo no podían bailarlo. Sin embargo, los ecos de los tangos que en los primeros años del siglo veinte estaban cruzando París de sur a norte se introdujeron en los oídos del escritor y de allí pasaron a resonar en Balbec. Quizá sea por una de sus relaciones femeninas de la época, que Proust haya recibido la noticia: por Madame Arman de Caillavet, la amiga de Anatole France. El escritor viajó a la Argentina en 1909, sin ella, pero tal vez la informó acerca de sus descubrimientos en Buenos Aires. O por su relación con Madame de Reszké, cuyo salón se abrió al tango hacia 1912. O por la poetisa Anna de Noailles, quien bailó probablemente el tango en ese mismo salón con el escritor argentino Ricardo Güiraldes alrededor de 1910.

Casi en el mismo instante en que Proust concluía su libro, en Buenos Aires Enrique Cadícamo, nacido en 1900, que pronto se convertiría en uno de los grandes y prolíficos poetas del tango, y quien tal vez más abundantemente cantaría a París y a sus personajes, festejaba lo que en sus *Memorias* escritas sesenta años después recordó como el “jubiloso acontecimiento que se producía en el mundo con la firma del armisticio que ponía fin a la gran conflagración europea”.

Cadícamo, que aún no había puesto los pies en Europa ni escrito sus célebres tangos llamados “Madame Ivonne” o “Anclao en París”, cuenta que esa misma noche del 11 noviembre de 1918 entraba con otros jóvenes al café y restaurante Julien, que se encontraba en la esquina porteña de Esmeralda y Lavalle, un “centro de reunión noctámbulo de mujeres francesas”, para sumarse a la intensa alegría que allí reinaba.

En medio de la algarabía del Julien, “borrachos y frescos, hombres y mujeres, extranjeros y criollos, entonaban patrióticamente el ‘Tipperary’, el ‘Over there’ y ‘La Marsellesa’, mientras en las mesas se brindaba con champán. Formamos con las alegres francesas un bullicioso frente y entre alocados besos y abrazos salíamos en cadena a recorrer Lavalle hasta las primeras



Carátula de uno de los primeros tangos dedicados a París, hacia 1905.

horas del alba. Aquellos jubilosos festejos que duraron tres días consecutivos fueron lo que las noctámbulas y alegres francesas llamaron *les trois jours de folie*".

En la aventura que vivió Cadícamo la noche del Armisticio ya aparecen algunos de los elementos de la pasarela que se estaba construyendo entre París y Buenos Aires gracias al tango: los cafés pomposamente bautizados con nombres parisienses, el amor espontáneo por Francia y sus tradiciones, el dolor por sus sufrimientos (la guerra que acaba de terminar, pero con una victoria considerada, por la mayoría de los sudamericanos, como la del espíritu contra la barbarie), y el gusto por las francesas irremplazables que sacudían y coloreaban las noches a orillas del Río de la Plata.

En el instante en que al unísono Proust introduce el tango en su libro sin respetar las exigencias de la cronología, y Cadícamo sale a festejar por las calles de Buenos Aires la victoria de Francia en la Gran Guerra, hacía ya diez años que el tango, expresión original de una ciudad que terminaba el siglo XIX en plena mutación demográfica y psicológica, se había marchado a París a buscar una legitimación fuera de sus fronteras.

A partir del momento en que los tangos tocaron por primera vez la tierra europea, para regresar después desde París a Buenos Aires enriquecidos por las experiencias vividas en la ciudad que era percibida por tantos argentinos como el ombligo del mundo, sus creadores iniciaron una suerte de proceso de agradecimiento poético. París les había otorgado las cartas de nobleza que les faltaban, y esta ciudad se transformó en uno de los temas favoritos de los poetas urbanos de Buenos Aires.

Desde entonces, más de trescientos tangos fueron escritos por los poetas rioplatenses para evocar a París, sus lugares, sus paisajes y sus gentes anónimas, sus figuras legendarias y sus lugares comunes. La lengua francesa y el argot parisino anidaron en los versos de Buenos Aires, a veces subrepticamente, otras con la fuerza del término irremplazable. Una pléyade de músicos crearon, además, innumerables piezas exclusivamente instrumentales que fueron bautizadas con evocadores nombres franceses y que rememoran en sus notas los sitios y perfumes de la capital de Francia.

La primera etapa de la conquista de París por el tango duró hasta la Primera Guerra Mundial. La alta sociedad francesa se plegó de inmediato a esa música proveniente de extrañas latitudes y surgieron en plena Belle Époque, como en un torbellino, la moda tango, el color tango, los tés tango, los cabarets tango.

El encuentro entre las dos culturas, a pesar de la encarnizada polémica sobre el supuesto carácter sexual de la nueva danza, en la que participó el